

despreciados por hombres que valian menos que ellos, solo porque ellos eran criollos? El dia en que los vieras ansiosos por llevar un traje de terciopelo y oro, ó montar un arrogante caballo, sin poderlo hacer porque tienen en sus venas sangre de judaizantes condenados por la Inquisicion, ¿ese dia no te arrepentirias de haber dado la vida á séres tan desgraciados? ¿vale un siglo de amor para una mujer, tanto como un dia de luto y de vergüenza para sus hijos? Esperanza, ¿cambiarás el amor de Don Leonel por la desgracia y la ignominia de tus descendientes? Habla, respóndeme con tu corazon, Dios te escucha.

—¡Oh! nunca, madre mia, nunca; yo arrancaré de mi pecho esta pasion.

—Hija mia, Dios te bendecirá, Dios premiará tu sacrificio, y la lepra que mancha nuestra honra no se propagará á otros séres tan inocentes como nosotras, pero que serian tambien, como nosotras, desgraciados. Dios te bendiga.

Y aquella mujer, como una inspirada, tendió sus manos sobre la cabeza de su hija, y luego salió majestuosamente del aposento. Su agitacion estaba enteramente calmada, y su rostro habia vuelto á adquirir su trasparente palidez.

Aquella mujer se llamaba Doña Juana de Carbajal, y su vida era un misterio tan impenetrable, que su misma hija no habia llegado nunca á descubrirlo.

Doña Esperanza quedó profundamente preocupada, sentada en el mismo taburete y reclinada la cabeza sobre el asiento del sitial que acababa de abandonar Doña Juana.

## III.

Dáse á conocer al lector la familia de Don Leonel de Salazar, y cuéntasele lo que en la casa de éste pasaba.

EN una estancia amueblada con estrados y sitaliales de cedro, tapizados de damasco amarillo, conversaban en derredor de una gran mesa que en el centro habia, y á la blanca luz de dos grandes bujías de cera, tres personas, que á primera vista se conocia que eran de la misma familia.

Ocupaba el lugar de honor un anciano, pequeño de cuerpo, flaco, con ojos pardos y como velados por largas y blancas cejas, que vestia ropilla, calzones, y medias calzas negras, todavia á la moda del tiempo de Felipe II; tenia cubierta la cabeza con un birrete blanco, debajo del cual se escapaban algunos mechones de canas.

El que ocupaba la derecha era un sacerdote jóven, como de treinta años, y á la izquierda estaba Don Leonel.

El viejo apoyaba los codos sobre la mesa, y parecia estar distraido, haciendo sonar los dedos de su mano derecha sobre los de su mano izquierda, que tenia cerrada.

—¿Con que es decir—dijo dirigiéndose á Don Leonel— que tu primer visita la dedicaste á tu tia Doña Juana de

Carbajal, ó mas bien dicho, á tu primita Doña Esperanza?

—Sí, señor padre.

—Hum! ¿Pues sabes que hiciste muy mal?

—Muy mal, señor, ¿por qué?

—¡Hola! ¿ya quieres que te dé yo razones? Adelantados estamos: vaya, pues hiciste muy mal, porque yo lo digo.

—No sabia yo.....

—Bien, no sabias, pero ahora ya lo sabes; no me gusta que frecuentes amistades de esa clase: cuando eras niño, por condescender con tu madre (que en paz descansa) y que era prima de esa Doña Juana, porque yo, gracias á Dios, no tengo parentesco con ella, consentia en que fuérais los dos, que ella al fin era criolla y tenia tales relaciones; pero en lo sucesivo ese parentesco como si no existiera: ¿es-  
amos, caballero?

—Sí, señor.

—Porque esa es raza de judaizantes, que no honran con su amistad á *cristianos viejos* como nosotros. ¿Y qué te contó la Doña Juana? ¿La primita estará ya muy grande? Estará bonita, porque esas judías tienen la apariencia siempre de buenas gentes; *sepulcros blanqueados*, como dice el Evangelio. Responde.

—Sí, señor, mi prima es una jóven muy hermosa.

—¡Mi prima! ¡jóven muy hermosa!—dijo el viejo repitiendo como con extrañeza estas palabras:—¿oyes eso, Alfonso?—dijo dirigiéndose al sacerdote.—Tu hermano está trastornado: ¿qué, te has vuelto loco, Leonel? ¡Tu prima! ¿no te he advertido que ese parentesco se ha terminado? Vaya, téngome yo la culpa: ¿qué bueno puede esperarse de tí si eres criollo?

Y el anciano indignado se levantó de la mesa y se retiró del aposento, repitiendo con cierto desprecio:

—Al fin criollo, al fin criollo.  
Don Leonel cruzó sobre la mesa sus brazos y apoyó en ellos la frente.

El Padre Salazar le contempló silenciosamente.  
Así trascurrieron algunos minutos, hasta que Don Leonel levantó fieramente la cabeza, y clavando en su hermano sus ojos negros y brillantes, exclamó:

—¡Hermano! ¿es una maldicion, por ventura, el haber nacido en Nueva-España?

El Padre Salazar se sonrió maliciosamente.

—Tal parece—contestó.

El silencio volvió á reinar algunos instantes mas.

—Jamás lo hubiera creído—dijo Don Leonel;—yo he vivido en los ejércitos del rey, he habitado en las grandes ciudades de la Península, pero jamás allí escuché esas frases de desprecio que nos siguen aquí por todas partes; jamás supuse lo que aquí sufrían los que han nacido en este suelo.

—¿Qué quieres?—contestó con dulzura el Padre Salazar;—esa es nuestra suerte, Dios lo dispone así.

—¿Y no habria un medio para salir de semejante situacion?

—No le alcanzo.....

Los dos hermanos callaron, pero era indudable que en el cerebro de ambos germinaban ideas que pugnaban por salir, pero que ninguno de ellos se atrevia á manifestar.

En aquellos tiempos se decia: *con el Rey y la Inquisicion, chiton*; porque ni aun delante de las personas de su familia tenia un hombre confianza para quejarse de la tiranía.

Todo el mundo se creia en la precisa obligacion de convertirse en denunciante, cuando escuchaba una palabra siquiera que pudiese considerarse ofensiva á los derechos

de la Majestad, ó al respeto debido al Santo Tribunal de la Fé.

Y esto aun cuando se tratase del padre, del hermano y del hijo; negra la desconfianza, extendia sus sombras hasta en el seno mismo del hogar doméstico.

—¿Será posible tolerar así la vida?—exclamó Don Leonel.

—Fuerza será buscar la resignacion en Dios—contestó el Padre.

—¿Pero no habrá un corazon fuerte, un brazo robusto y una cabeza inspirada por ese mismo Dios, que saque á Nueva-España de tan fiero yugo?

—Quizá Dios envíe alguna vez sobre esta tierra desgraciada su espíritu, que animó á Gedeon y á los Macabeos.

—Pero ¿cuándo? ¿cuándo? Hermano mio, ¿tú no sientes? ¿tú no comprendes? ¿no se enciende tu rostro?.....

—Leonel—contestó exaltándose repentinamente el Padre Salazar;—Leonel, tú eres el que no comprendes, tú el que no alcanzas; la idea vive, germina, Dios solo puede mirar en el porvenir, dar el triunfo, ó mandar la desgracia.....

—Alfonso—exclamó Don Leonel, admirado del entusiasmo que respiraban las palabras de su hermano—explícame, dime.....

—Silencio—dijo el Padre—silencio, Leonel: ¿te sientes con fuerza para arrostrar cualquier peligro por tu patria, por tus hermanos?

—Sí—dijo anhelante Don Leonel.

—¿No temblará tu corazon ni delante de la muerte?

—No, no!

—¿Serás capaz de guardar el silencio de la muerte aun en medio de los mayores tormentos?

—Sí, sí!—dijo Don Leonel con entusiasmo.

—Pues bien, hermano mio, Dios te escucha, y ante Él responderás de tus promesas: toma tu sombrero, tu ferreruelo y tu espada, y sígueme.

Don Leonel se levantó precipitadamente, y tomó su sombrero y su ferreruelo, colgó de su talabarte una larga espada, y se prendió en él dos pistoletes.

—Estoy listo—dijo.

—Vamos—contestó el Padre Salazar.

Y los dos salieron de la casa.

—Pues bien, hermano mío, Dios te escucha, y ante Él responderás de tus promesas: toma tu sombrero; tu sombrero y tu espada, y sígueme.

Don Leonel se levantó precipitadamente, y tomó su sombrero y su espada, cogió de su talabarte una larga espada, y se dirigió en él dos pistoletas.

## IV.

A dónde llevaba el Padre Salazar á su hermano Don Leonel.

**H**ABAN el toque de ánimas en todas las iglesias; la noche estaba oscura, y Don Leonel, siguiendo á su hermano, caminaban sin hablarse una palabra.

Cada uno iba preocupado con su idea.

Atravesaron gran parte de la ciudad, dirigiéndose á la calle de Ixtapalapa: al principio de su viaje encontraron muy pocos transeuntes; pero al llegar casi al fin de la calle de Ixtapalapa, por el lado del Sur, Leonel creyó observar algunos hombres ocultos unas veces en las cerradas puertas de las casas, recatándose otras en las esquinas.

Uno de estos hombres salió repentinamente y cruzó al lado de los dos hermanos; Don Leonel llevó por precaución la mano á la culata de uno de los pistoletes.

Pero aquel hombre pasó poniendo la mano en el ala de su sombrero, y diciendo cortesmente:

—Buenos días.

Don Leonel extrañó aquel saludo en medio de la noche, pero su admiración subió de punto cuando oyó contestar á su hermano:

—Dios los enviará.

El hombre siguió de frente, y las sombras que inquietaban á Don Leonel desaparecieron como por encanto, y la calle volvió á quedar desierta.

Don Leonel hubiera de buena gana preguntado á su hermano lo que aquello significaba; pero se sentía embargado por cierta especie de respeto y de fascinación.

En el negro y sombrío muro de una casa, cuyos techos se desvanecían entre las sombras de la noche, había un cuadro embutido en la pared y que representaba la imagen de Cristo en la cruz. El cuadro estaba defendido de la intemperie por una especie de alero de tejado, hecho de madera, y del centro de este alero pendía un farol con un pequeño mechero de aceite, que proyectaba un corto círculo de luz vacilante y triste.

A un lado de este cuadro había una pequeña puertecilla.

El Padre Salazar se acercó á la puerta y dió un solo golpe, que resonó en el interior como en una bóveda.

—¿Quién?—preguntó un hombre por dentro.

—Uno y solo—contestó el padre Salazar.

Don Leonel le tiró de la capa como para hacerle notar que lo que decía no era verdad; el padre se volvió á mirarlo y se sonrió.

Entonces en la puerta se abrió un postigo pequeño y defendido por una reja y el ojo de un hombre asomó escudriñando curiosamente á los que le llamaban.

—¿Tenoxtitlan?—preguntó al través de las reja, el portero.

—Libre—contestó Salazar.

El postiguillo se cerró, y sonaron los cerrojos abriéndose la puerta.

El padre Salazar penetró, seguido de su hermano, por un

largo y estrecho corredor, cuya bóveda repetía sordamente sus pisadas; en el fondo un farol mas bien deslumbraba con su pequeño rebervero, que iluminaba el camino de los dos hermanos.

Llegados al extremo de aquel corredor, tomaron á la derecha; aquel pasillo tenia la forma de una escuadra: una escalera escasamente iluminada los condujo al piso superior, y al llegar allí, Don Leonel comenzó á escuchar un murmullo semejante al que forman muchas personas conversando.

Habia despues de la escalera un pequeño corredor que terminaba en una gran puerta, al través de la cual se escuchaba el murmullo y se percibia luz.

El Padre llamó con un golpe, y de adentro le preguntaron:

—¿Quién?

—Uno y solo—volvió á contestar el Padre.

Como en la puerta de la calle, se abrió un postigo y se cruzaron entre el que llamó y el que abría las mismas palabras.

—¿Tenoxtitlan?—dijo el de adentro.

—Libre—contestó el de afuera.

Don Leonel comprendió que todas aquellas palabras eran una contraseña; se trataba indudablemente de una conspiracion.

Se abrió la puerta y los dos hermanos penetraron en un gran salon, lleno de hombres de todas clases, pero entre los que podia notarse un gran número de eclesiásticos.

No hizo sino presentarse el Padre Salazar, y todos callaron y se pusieron en pié.

El Padre atravesó sereno enmedio del concurso, y sin inclinar siquiera la cabeza, y seguido siempre de Don Leonel, subió á una especie de plataforma, en donde habia varios sitiales, tomó el del centro y se sentó, haciendo sentar á

Don Leonel á su derecha: entonces todos se sentaron.

El silencio era tan profundo, que podia haberse escuchado el roce de la atmósfera contra las paredes.

Don Leonel comenzó entonces á examinar el aposento.

Era una gran sala casi cuadrada; tenia en uno de los lados tres ventanas que estaban herméticamente cerradas, pero no solo con las puertas, sino con unas paredes hechas á lo que parecia recientemente, para evitar el que se observase algo desde afuera.

Viejas colgaduras, rotas y de color indefinible, cubrian las paredes, y adornaban la estancia toscos sillones forrados de cuero negro, y en los que á pesar de su vejez se advertian las señales de un blason.

Don Leonel examinaba todo con extrema curiosidad; pero de repente llamaron su atencion tres cuadros que habia en el fondo de la sala: representaban esos cuadros á tres jóvenes, hermosos y ricamente ataviados; las tres tenian entre sí una gran semejanza, y Don Leonel lo atribuyó á la preocupacion de su ánimo; pero aquellos retratos le trajeron á la memoria á Doña Esperanza; tenian á sus ojos un gran parecido con su prima.

Absorto estaba en aquellos pensamientos, cuando escuchó que su hermano comenzaba á hablar.

Hašta entonces habia comprendido que se trataba de una conspiracion, que su hermano parecia ser el jefe de ella, pero no mas.

Don Leonel se hubiera comprometido sin vacilar y sin preguntar nada, porque tenia un alto concepto de la inteligencia y de la honradez de su hermano; pero aquello, además, sin poderse dar cuenta él mismo de por qué comenzaba á interesarle sobremanera.

—Hermanos míos—dijo el padre Salazar.—Oyóse en to-

do el salon ese ruido que hace una gran concurrencia cuando se dispone á escuchar con atencion y sin perder una palabra de lo que va á decir el orador.—Llegados son ya los momentos de obrar; lo que la cabeza ha discurrido, lo que la inteligencia ha dispuesto, el brazo debe ejecutarlo: ya no mas palabras, ya no mas proyectos; obras, el corazon lo quiere, y Dios presta su ayuda á las buenas causas. Todo está preparado, oidme. En esta tarde ha llegado uno de nuestros hermanos á quien envia á Acapulco el valiente príncipe de Nassau con una poderosa escuadra holandesa; navega en las costas de aquella provincia, esperando el dia señalado para apoderarse del puerto; la guarnicion no podrá resistir, y nuestro triunfo es seguro: con gente de desembarco organizará una expedicion para venir en auxilio nuestro, trayéndonos armas y pertrechos de guerra; pero para que esto sea fructuoso, es preciso que casi al mismo tiempo se dé aquí el grito de independenciam, y las circunstancias son favorables: estamos á 2 de Noviembre y mañana mismo debe hacer su entrada á México el marqués de Cerralvo, nombrado virey de la Nueva-España, y á quien acompaña el inquisidor de Valladolid Don Martin Carrillo, nombrado juez pesquisidor para las causas de tumulto contra el marqués de Gelvez: todos los ánimos de los que entonces tomaron parte, están temerosos y secundarán el movimiento que hagamos nosotros, por huir de la justicia; llegó, pues, el momento de obrar: el 5 de Noviembre debe atacar el puerto de Acapulco el príncipe de Nassau, y el 5 de Noviembre, aprovechando el desórden que causen las fiestas que prepara la ciudad al nuevo virey, debemos nosotros de dar el grito y levantar de nuevo el trono de Guatimocztin y de Moctezuma Huilhicamina: Tenochtitlan libre, y libre el antiguo imperio de los aztecas.



Un relámpago de entusiasmo brilló en todos los ojos, pero nadie se atrevió á aplaudir.—El silencio era la vida de aquella reunion.

Don Leonel creia estar soñando.

—Os he dicho—continuó el Padre Salazar—que yo no podré por mi carácter ponerme al frente de vosotros; os he prometido un caudillo que tenga al trono los mismos derechos que yo, como descendiente del emperador Guatimoczin, y aquí le teneis: es mi hermano Don Leonel de Salazar.

Todos se pusieron en pié y extendieron silenciosamente el brazo derecho como en señal de asentimiento.

—Bien—dijo el Padre—reconocedle: y ahora dispersémos, y recibireis como siempre las órdenes por los mismos conductos.

Toda aquella concurrencia fué desapareciendo por las diversas puertas de la sala, y poco despues no quedaban allí mas que Don Leonel, su hermano y un viejo que permanecia sentado en un sitial.